

## CÍRCULO NEGRO DE TIZA BLANCA

La mujer gaviota y el hombre grulla eran ancianos miembros de la estirpe de los desolados. No recordaban nada de los últimos veinte años. No recordaban el sol, ni la luna, ni la piel. No recordaban haber visto el mar con sus ojos, ni haber lamido la sal con sus lenguas, ni siquiera se acordaban ya de haberse amado nunca. Al mirarse cada mañana, sentados como siempre en la mesa de la cocina, las paredes blancas, el suelo de adoquín gastado, se saludaban y se extrañaban de la presencia del otro. Al despedirse cada noche, ambos en la misma cama de colcha oscura, se deseaban un buen sueño sin mencionar sus nombres, pues no los sabían. Vivían observando la figura del otro, investigando sus movimientos para intentar comprender qué hacían el uno junto al otro. Era normal para ellos encontrarse las miradas y quedarse en silencio. Una pupila negra clavada en la pupila gemela. Entre una y la otra, un silencio.



Entre un ojo y el otro, una negra nota de desconcierto.

Tenían una estampita de la virgen sobre la cama. Ninguno era creyente. Ninguno era ateo. Se habían olvidado hacía tiempo del significado de aquellas cosas. Al entrar en la habitación, de uno en uno o en pareja, la miraban y volvían a sentir aquel extrañamiento denso. Parecían entonces andar en un líquido viscoso que impedía su movimiento. Cualquier mínimo gesto los agotaba. El silencio los ocupaba por completo e iba cubriendo poco a poco todo su cuerpo de blanco. Ella, pequeña, de sonrisa sincera, se tocaba el pelo canoso y luego colocaba bien su gargantilla de plata. Él se miraba en el espejo, repasaba las arrugas que ya cubrían su cara por entero. Metía las yemas de los dedos entre los pliegues, soñaba con arrancarse la piel

para así ver su memoria. Detrás, con la mirada vuelta hacía la ventana, ella reía ligera. Y reía. Y reía. Y reía.

Y reía.

Y veía el reflejo amarillento del sol.

Y lloraba muy muy muy - extremadamente - finito. Tan chiquitito era su llanto que cuando él salía hacía el salón era incapaz de escuchar nada más que sus pasos. Un deslizante sonido a piel pegada en la baldosa - un silencio - un hueco - vuelta al deslizante sonido del pie en el suelo. Su respiración lenta. Escuchaba hasta el crecer de su pelo. Pero a ella, tan cercana, tan pequeñita y huesuda, era incapaz de oírla. La estampita de la virgen, al quedarse de nuevo sola, miraba el cuadro de naranjas brillantes de la pared, la cómoda llena de pequeñeces, la foto de la boda, el dibujo de su hijo perfectamente enmarcado. Se detenía en cada gramo de vida. Lloraba con finas grietas de papel.

Cenaban pollo con patatas, patatas con pollo, pollo con patatas, patatas con pollo de lunes a domingo. De domingo a lunes, sin notarlo siquiera, volvían a repetir el mismo - exacto - menú. Los viernes ella solía acercarse al mar, asombrarse por su infinitud, volver a casa con los ojos tremendos. No decir nada. ¿Para qué iba a hacerlo? Él hacía tiempo que no escuchaba nada más que el latido lento de su cuerpo. El resto, lo de fuera, incluida ella, quedaban en otro mundo. Por eso, era inútil hablarle del ronquido suave del mar, de los pies mojados al rozar el agua o del enfado de la espuma contra el muro de piedra. De nada hubiera servido contarle con pelos y señales, escogiendo las palabras a dedo, esa espera que parecía sentir siempre el cuerpo al ver el mar. Él la veía llegar cubierta de arena, con el pelo empapado pegado a su cráneo y no podía evitar sonreír al ver sus piernecillas cloquear de alegría. Sus ojos se encontraban, silencio contra silencio, vacío contra vacío, pregunta contra pregunta. Y nada se decían. De todas aquellas dudas que se les subían a la boca, ninguna llegaba a ser más que una pequeña pústula negruzca en la pupila. Después, cada uno en un extremo de la casa, buscaban un espejo, colocaban sus ropas, se peinaban para el otro, se endulzaban la piel, cubrían su boca de palabras y soñaban encontrarse en el pasillo. Imaginaban hablarse. Ella le contaría que el mar tiene olas que nunca acaban y huele a nostalgia. Él querría ir a verlo. Buscarían un día - ¡ mañana mismo ! - para bajar juntos a la playa. Se dirían de nuevo sus nombres, volverían a conocerse. Tal vez, puede ser, reconocerían las cosas de antes, jugarían

a volar cometas. Y, quién sabe, puede ser, ¿mañana? Pero al llegar a la cocina nada ocurría. Comían pollo con patatas en silencio y, en silencio, se iban a dormir.

Un viernes de febrero ella bajó al mar. Volvió a mirarlo por primera vez. Se acercó a la orilla, jugó con las olas que iban y venían. Él, sin saberlo, como cada viernes, se sentó en el porche de la casa a esperarla. El cielo estaba gris. El agua era negra. Ella era una figura blanca sobre un hondo paisaje oscuro. Parecía un cisne, parecía una espuma, parecía una gaviota saltando entre las olas. Nadie la veía, nadie había bajado con ella - como siempre - a descubrir otra vez el mar. Nadie pudo advertirla de la violencia de la marea. Nadie vió como su cuerpecillo fino desaparecía para siempre. Él, fumando en su silla, la vista clavada en el cielo, se olvidó de estar esperándola, entró en la cocina y cenó patatas con pollo. Al irse aquella noche a dormir, sintió la falta de algo. Noto un hueco en la casa. Deshizo la cama buscando algo que no sabía porque buscaba, ni qué forma tenía, ni cómo olía, ni a qué sabía, ni si sonaba a campo o a lluvia. Abrió cajones, puertas, armarios, habitaciones, baúles, libros. Perseguía aquel hueco atroz. Intentaba agarrarlo con las manos. Quería poder sostenerlo para así verlo de frente y saber qué era. Horas después, a eso de las dos o las tres de la mañana, cubierto de blanco, consiguió dormirse abrazado, sin darse cuenta, a aquel vacío extraño. A aquel sonido que recordaba, puede ser, tal vez, a una nota pequeña. A un cuerpo callado.



Se despertó cubierto de sudor helado. No recordaba nada. Estaba tirado en el pasillo, la espalda le ardía, su cuerpo estaba congelado. Fuera llovía a cantaros. Desorientado, gateó como pudo hasta el sofá, se amarró a él y consiguió ponerse en pie. Todo le temblaba. Dió vueltas por la casa. No sabía qué hacer. Algo le faltaba. ¿Qué solía vivir él por las mañanas?

Puso la tele. Encendió la radio. No había ruido alguno. Abrió la nevera, la cerró, la abrió, la cerró. Bebió leche, comió un bollito de pan, exprimió una naranja. Dió vueltas por la casa. Encontró unas pastillas, recordó que eran suyas, se las tragó de golpe. Durmió hasta las seis. Despertó hecho un cuatro, todo le dolía, todo le faltaba. Volvió a desordenar la casa en busca de su hueco. No recordaba nada más que su vacío. Y lo buscaba y lo buscaba y lo buscaba y lo buscaba y lo buscaba entre cachivaches inútiles que parecían haberse ido almacenando a lo largo de un siglo entero. Encontró una sartén amarilla, unos guantes de nieve, una foto llena de niños, dos barcas inflables, un vestido blanco, unas pinzas de ropa, unos pendientes azules y una vajilla de bodas. Cenó pollo con patatas.

Y pasó otro día igual al anterior. Cenó patatas con pollo.

Y pasó otro día. Cenó pollo con patatas.

Y otro más. Cenó patatas.

Y otro más. No cenó, no había nada en la nevera. Lloró fuerte sin saber por qué. Se abrazó al vestido blanco que llevaba días tirado en el sofá. Exprimió su nariz contra él. Imaginó a una mujer llena de canas riendo en la cocina. Tenía el cuerpo finito y estaba llena de arrugas. Movía la boca pero él no lograba escuchar nada. Metió toda la cabeza en la tela. La mujer servía la cena, repartía patatas con pollo entre dos platos. Dos proporciones exactamente iguales. Aprisionó su nariz en aquel olor. Ella lo miraba desde la mesa de la cocina, hablaba en silencio, parecía esperarlo. Y esperarlo. Y esperarlo. Y esperar algo que nunca iría. Allí, tirado entre el suelo y el sofá, el cuerpo en diagonal y la cara contra el vestido blanco, se durmió.

En la tele, a la mañana siguiente, la imagen de una mujer anciana, delgada, cubierta de algas, aparecía en todos los telediarios. Los periódicos estaban llenos de titulares que dejaban las caras mudas. Una vieja aparece muerta en la playa. ¿Asesinato o suicidio? La mejor manera de irse. Muerta una anciana por una ola. Mareas fuertes matan a una anciana. Muere anciana. Anciana muerta. Blanca gaviota sobre fondo negro. Muerta. Muerta. Muerta. Alerta roja por oleajes fuertes en las próximas semanas. Él, aún aturdido de la noche anterior, con las manos

sujetas todavía al vestido blanco, no vió la tele. Ni salió de su casa. Ni escuchó ni una sola palabra de aquella tragedia. Ni comió. Ni cenó. Ni durmió. Simplemente, cansado de tantos días iguales en continua búsqueda, se sentó a esperar su hueco. No recordaba ya mucho de él, no sabía su forma, ni podría haber dicho su nombre. Era incapaz de imaginarlo. Sin embargo, lo sentía tan adentro que no podía entender otra manera de vivir que sentarse a esperar que aquel silencio volviese. Y esperó.

Y esperó.

Y esperó.

Y lloró como sólo se lloran las ausencias.

Y llovió durante días.

Y tuvo hambre y sed y ganas de mear.

Y esperó.

Y tembló de frío. Y tembló de hambre. Y no quiso nada.

Y esperó.

Y ya no recordaba nada más que aquella falta intocable.

Y esperó.

Y, por fin, agotado, blanco, temblando, se durmió.

Nota de aclaración final ( no es indispensable leerla):

Lo encontraron muerto unos días después. Todavía estaba agarrado al vestido blanco. Tenía en la mano un anillo de plata. *Gabriel y Jimena, mayo de 1968.*